

## LA EDAD DEL RÍO

Tenía trece años y tres meses enteros por delante. Junio, julio y agosto. Noventa días que entonces parecían una vida completa.

Las vacaciones empezaban siempre igual: maletas abiertas sobre la cama, el olor a casa cerrada que se iba al ventilar, el saludo a los vecinos que solo veía en verano y la sensación deliciosa de que el reloj dejaba de mandar. Por delante estaban el río, las tardes largas y esa libertad nueva que llegaba justo cuando una empezaba a mirarse al espejo con otros ojos.

Yo aún era una niña... pero ya no del todo.

Lo vi una tarde cualquiera, de esas en que el sol cae despacio y nadie tiene prisa. Estábamos en la plaza, sentadas en el suelo, comiendo pipas y criticando al mundo con esa autoridad que dan los trece años. Él pasó con su grupo, riéndose demasiado alto. No era especialmente guapo ni especialmente interesante. Pero cuando me miró —solo un segundo— sentí algo distinto. Como si me hubieran llamado por mi nombre sin hablar.

Al día siguiente coincidimos en el río. Allí todo era más fácil. Sin horarios, sin adultos pendientes. Nos tirábamos al agua una y otra vez, competíamos a ver quién aguantaba más buceando, quién llegaba antes a la otra orilla. Yo fingía indiferencia, pero sabía perfectamente cuándo me estaba mirando.

A los trece años el amor no es una declaración. Es una acumulación de detalles pequeños. Que se siente a tu lado aunque haya sitio de sobra. Que te pregunte algo sin importancia solo por seguir hablando. Que se quede el último cuando tú también eres la última.

Un día, mientras salíamos del agua, me ofreció su toalla. Un gesto mínimo. Pero cuando nuestras manos coincidieron al cogerla, se me aceleró el pulso de una manera que no entendía. No era miedo. Tampoco exactamente alegría. Era conciencia. De mí. De él. De algo nuevo.

Las tardes empezaron a organizarse sin que nadie lo decidiera. Siempre acabábamos cerca. En el banco de siempre. En la esquina donde daba más sombra. En el paseo junto a las murallas, hablando de tonterías enormes: el instituto al que iríamos, los profesores que nos parecían mayores —ahora sé que no lo eran tanto—, lo que haríamos cuando tuviéramos veinte años, que nos parecía una edad remotísima.

No había grandes conversaciones románticas. Más bien silencios cómodos. Risas compartidas. Miradas que se sostenían medio segundo más de lo normal.

Recuerdo especialmente julio. Ese mes en que el calor apretaba de verdad y el día parecía no acabarse nunca. Salíamos después de cenar, cuando el aire se volvía más suave. Las fiestas del pueblo llenaban algunas noches de música y luces de colores. Bailábamos en grupo, todos revueltos, pero yo notaba cuando él se acercaba más de lo necesario. Y me gustaba.

El primer beso fue casi un accidente. Estábamos sentados en un banco, algo apartados. Hablábamos de nada. Hubo un silencio. Me miró diferente. Yo también lo miré distinto. Y, sin saber muy bien cómo, se inclinó.

Fue torpe. Breve. Con los labios tensos por los nervios. Pero cuando nos separamos, los dos nos echamos a reír. Una risa nerviosa, cómplice. No había pasión desbordada. Había descubrimiento. Como cuando pruebas algo por primera vez y sabes que vas a recordarlo siempre.

A partir de ahí todo cambió y, al mismo tiempo, nada cambió demasiado. Seguíamos bajando al río con los demás. Seguíamos riendo en grupo. Pero entre nosotros había una corriente secreta. Una especie de hilo invisible que nos mantenía conectados aunque estuviéramos lejos.

Agosto llegó sin pedir permiso. Con él, las conversaciones incómodas.

—¿Cuándo te vas?

—A finales.

—Yo un poco antes.

Lo decíamos restándole importancia, como si aún quedara una eternidad. Pero los días empezaron a contarse hacia atrás. Cada plan tenía un sabor ligeramente distinto, como si ya supiéramos que no sería eterno.

Una tarde bajamos solos al río. No fue algo planeado; simplemente coincidimos antes que los demás. Nos sentamos en la orilla, con los pies en el agua. No hablábamos mucho. Yo sentía una mezcla rara de tristeza anticipada y orgullo. Era mi primer amor. Aunque no usáramos esa palabra.

Nos prometimos escribirnos. Dijimos que al año siguiente sería igual. Lo creíamos de verdad. A los trece años no se duda de las promesas, se pronuncian con total convicción.

El día de la despedida fue sencillo. Sin grandes escenas. Un abrazo algo más largo de lo habitual. Un “cuídate” que sonó más serio que otras veces. Cuando me fui, lo vi quedarse quieto, metido las manos en los bolsillos, como si no supiera qué hacer con ellas.

Después vinieron el curso, los nuevos amigos, otros intereses. Las cartas —si llegaron— se fueron espaciando. El siguiente verano ya no fue lo mismo. Habíamos crecido un poco. Lo suficiente.

Pero aquel primer amor no desapareció. Se quedó guardado en una esquina limpia de mi memoria. No como una historia trágica ni como una hazaña épica. Sino como lo que fue: un aprendizaje suave.

Aprendí que el corazón puede acelerarse sin avisar. Que una mirada puede cambiarte el día. Que el tiempo —incluso cuando dura tres meses enteros— pasa.

Y, sobre todo, que a los trece años todo es verdad. Intensamente verdad. Aunque después la vida lo coloque en su sitio.

A veces, cuando pienso en aquel verano, no recuerdo grandes escenas. Recuerdo la luz cayendo sobre el agua. El ruido de las bicicletas en la plaza. La sensación de volver a casa con el pelo aún húmedo y el corazón lleno.

Y me sonrío.

Porque allí empezó todo.